

Andrés Sabella

Curso y discurso de una vida



DESDE la pura y levantada palabra que pronunciara, en 1837, doña Mercedes Marín del Solar (1), no hubo lengua de mujer chilena que supiera modular el canto, con la dignidad que el canto humano necesita. Fue Gabriela Mistral la que vino a continuarla, reivindicando la boca de la mujer poetisa, quitándole su barro de sangre enfurecida. Nuestras viejas poetisas no entendieron las responsabilidades que implica la faena poética y se conformaron con vaciar, en caudalosa grito carnal, sus tormentos y pasiones; o empequeñecieron su ámbito en la ñoñería y en la demagogia celeste, cuando no reventaron en pobres bengalas de espumoso patriotismo. Gabriela Mistral comprende que la poesía es un tributo llameante y feroz, en cuyo servicio ha de vivirse en desnudez de oropeles y con toda la frente quemada por el Verbo:

*Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron.
Fue una mujer haciendo el pan
y yo su santa boca veo,*

(“Cosas”, III) (2).

Entra a la poesía, con clara sien, con los labios transparentes, con el corazón dispuesto a sucumbir —día a día— ante el ara impla-

cable. De ahí nacen la condición suprema de su cantar; aquella austeridad suya, de surco y de espada; el resplandor de sal benéfica que gotea de sus versos:

*Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.*

*¿Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata?*

(“Cima”).

En esta cuarteta relampaguean dos rasgos esenciales de su primera hora desgarrada, la que palpita, ensangrentadamente, en *Desolación*; son el sentido amargo de su dicción y el color que, entonces, la define, el que la empurpura con definitiva tinta colorada:

En esta hora amarga como un sorbo de mares,

(“Tribulación”).

*Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria,*

(“Coplas”).

*Le hablé de su destino y mi destino,
amasijo fatal de sangre y lágrimas,*

(“Extasis”).

.....
*Te acordaste del fruto en febrero
al llagarse su pulpa rubí,*

(“Nocturno”).

*Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos,*

(“La fuga”).

*Yo le quise el tremendo destino,
pero no merecí su rojez,*

(“Nocturno de la Derrota”).

En el nombre de su libro decisivo luce, íntegramente, transcrita la vibración de su entraña. Tras de su brillante adiestramiento de maestra, toca una tierra dramática, la de Punta Arenas: allí tallará la estatua solemne de su abandono y de allí traerá un título, un poema y el arca de cal terrible de su obra capital:

La tierra a la que vine no tiene primavera,

(“Desolación”).

El drama íntimo que la quiebra persistirá durante ásperos tiempos de sangre y de canción. *Desolación*, en su primera edición, fué precedida de un “voto” que enceguece con su carmesí consolador; este “voto” confirma cuanto acabamos de glosar:

*En estos cien poemas queda sangrando un pasado
doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme.*

El amor la encandiló en su vértigo de angustias. La niña Lucila que soñaba contra los crepúsculos de Monte Grande conoce, ahora, la dimensión de la palabra *Muerte*. La Muerte resulta para su corazón una urna lejana donde se vuelve ceniza y olvidos el hombre que la pudo enaltecer en madre. Es el suicida que con su muerte la fecunda en vastedad creadora. Es aquel cuyo rostro no se arranca de las paredes interiores del ser y continúa, aún muerto, existiendo en latido atroz de opresión y de espanto:

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?

(“Interrogaciones”)

*Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste,*

(“Coplas”).

Gabriela Mistral, la tierna lectora del tremolante Vargas Vila, súbitamente, ha visto empobrecerse el surco de su vida, ha palpado el hueco de sangre miserable que la vida le dejara y ha probado que sus pechos no verterían leche, sino llanto de frustraciones. Su clamor cruza los aires y se ata al resonar de los peores imposibles. Es la novia desmelenada en un tálamo de abismos:

*¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,*

(“Poema del hijo”).

Hija de sus propias llagas, inicia la ascensión de su Calvario. El madero es la sombra de un cuerpo destrozado. Aquella sombra duele, aquella sombra pesa lo que una maldición de piedra y es ley de sangres no ceder ante el duro sol que la sazona en Verbo:

*Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras,*

(“Extasis”).

* * *

¿Verdaderamente, *fueron dichas todas las palabras?*

Gabriela Mistral, en la cima de su conciencia, plena de maestría, dueña de sus venas y señora de su frente, resuelve responderse a sí misma. No es cierto que *fueron dichas todas las palabras*. Ni siquiera las de su desvelo, porque tal lo enseña en su poema "Gotas de hiel":

*No cantes: siempre queda
a tu lengua apegado
un canto: el que debió ser entregado.
No beses: siempre queda,
por maldición extraña,
el beso al que no alcanzan las entrañas.*

El mundo hállase repleto de voces, de sílabas que mendigan unidad, de pensamientos y sentimientos que desean coordinarse en luz. Gabriela Mistral después de agonizar encima de su natural ansiedad de mujer, después de expresirse lágrimas y sueños, gira su faz de madera augusta a los fondos de la vida y descubre, allá, en trémula orfandad, la nueva materia de su destino: descubre al niño que necesita de un abogado terrestre que vele por su frágil parentesco celestial:

*Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas,
de los valles del mundo
sois dueñas.*

... ..

*Y los panales llenos
se vierten y se hienden.
¡Y los hombres que pasan
no entienden!*

(“Manitas”).

Desprendiéndose de su clavo de fuego, avanza al hallazgo de la infancia. La que no pudo acunar a *un niño*, acunará a la Niñez, sublimando su llanto en un canto de siembra y de triunfo. Al hijo, opondrá la pluralidad de los corazones infantiles, gozando, en sus cristales, la multiplicación de su entraña. La que no logró maternidad, prolongará su latido en la gloria de ser madre de madres:

*Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y
defender como ellas lo que no es CARNE DE MIS CARNES,
 (“La Oración de la Maestra”).*

La que pidiera, humildemente, por un hermano *indefenso* y *hermoso*: ¡por el nido!, empieza a pedir por la niñez que se amustia en medio del egoísmo y de la insensibilidad. Es la aurora de su vinculación al dolor universal:

*Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!*

*.....
Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!*

(“Piececitos”).

Gabriela Mistral supera su antigua dulzura desesperada, con esta nueva suavidad que la inunda y la obliga a cantar con labio desplegado y corazón de bandera:

*Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...*

(“Rondas de niños”).

Cuenta Gabriela Mistral en un soneto —“El niño solo”— un bello episodio de sus experiencias; parece un cuadro de Millet:

*Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta de rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!*

*La madre se tardó, curvada en el barbecho;
el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho
y una canción de cuna me subió, temblorosa...*

*Por la ventana abierta la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba,
como otro resplandor, mi pecho enriquecido...*

*Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta,
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!*

Este *niño solo* se ramificará en collares de niños, niños de todos colores, que circundarán la garganta de Gabriela Mistral, fertilizándosela en donaire y elevación:

*Corro de las niñas,
corro de mil niñas,
a mi alrededor.
¡Oh, Dios, yo soy dueña
de este resplandor!*

(“El corro luminoso”).

Un viento maravilloso, soplado por los carrillos áureos de la Fábula, encrespa a *la poetisa de la bárbara pasión* (3), y su boca se transforma en un río de mentiras deliciosas, esas golosinas que doran el corazón de la infancia, emparentándole con el espejismo:

*¡Ay! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!*

(“Canción amarga”).

*Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad,*

(“Todas íbamos a ser reinas”).

*Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena,*

(“La manca”).

*Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,*

(“La pajita”).

*Una rata corrió a un venado,
y los venados al jaguar,
y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar...*

(“La rata”).

El regazo que anhelara “un hijo” (*en los días del éxtasis ardiente*) sonrío rico de mundo y porvenir. El galán era una caída hacia atrás, hacia el polvo estéril. La infancia es un salto a la mañana jubilosa, un compromiso en llamas de futuro; en el centro de la buena alegría, Gabriela Mistral es una niña más aderezada por la esperanza:

*Haciendo la ronda
se nos fue la tarde.
El sol ha caído:
la montaña no arde.*

*Pero la ronda seguirá,
aunque en el cielo el sol no está,*

(“Jesús”).

Esta virtud la junta, en 1950, a *La militancia de la Paz*. Cuando la saludamos, como a compañera centelleante de nuestra contienda, escribimos algo que hoy retorna sin palidecer y mantiene su vigencia moral:

“Al pequeño luto personal cose el duelo universal que mana, sangre a sangre, de las guerras y no puede sostenerse en quietud: es necesario que la paz sea la soberana verídica de la vida y que el trágico filo del odio guerrero se vuelva sombra, humo y olvido, para ser reemplazado por el resplandor del afecto humano extendido y florecido para todos” (4).

Esta conducta final de la chilena ejemplar era la consecuencia de una vigilia tenaz de su oído cabal, abierto siempre al rumor de las causas invencibles del hombre: la justicia, la libertad, la paz y la cultura. La solidaridad de Gabriela Mistral para con aquellos tres árboles que *el leñador olvidó* y que, en el ocaso de fuego, *conversan*,

apretados de amor, como tres ciegos; la solidaridad de la poetisa para con ese espino al que ella se abraza, *como a una hermana* (5), aumentan de intensidad al contacto con la carne del hombre y si no precipita su estro en turbión político, no niega su mano a la de los trabajadores que bregan por establecer otro sol y otra luz para las sangres del hombre y de la Tierra:

*Seas salvada como
la corza blanca,
y como el llama nuevo
del Pachacámac,*

(“Mar Caribe”) (6).

En sus poemas de inspiración americana y en los de “Materia” —“Pan”, “Agua” y “El aire”— bullen, finalmente, su hambre de unidad ecuménica y su ansia de plenitudes sin fronteras:

*Gentes quichuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos,*

(“Sol de Trópico”).

*Quiero volver a tierras niñas;
llévenme a un blanco país de aguas,*

(“Agua”).

* * *

Al hablar de trabajadores, rindamos homenaje a los obreros gráficos chilenos que, en 1923, actuaron en la edición nacional de *Desolación*, realizada por don Carlos George-Nascimento; ellos fueron:

Don Guillermo Hinojosa Barrenechea, director-regente de la editorial; don José Moya y don Emilio Ramos, cajistas; don Luis Muñoz, prensista; don José Gutiérrez, jefe de encuadernación, y don Diego González, asistente de la edición.

Esta se imprimió en una máquina "Marinoni" y en tipos *Sorbonne* de cuerpo 12, "que Nascimento buscó, especialmente, con el novelista Eduardo Barrios para enaltecerla" (7).

* * *

Al concluir estas cuartillas, me tiendo en mi cama y releo, al azar, diversos poemas de Gabriela Mistral. En seguida, me echo el libro a la cara y una tibia presión deleitosa me oprime las facciones: el espíritu de la poetisa me anega, como un cielo de violencia otoñal. Me sumerjo en la tristeza y, delicadamente, la evoco: su boca sobre el conjunto solemne de su osamenta, sobre su *alzadura de lento ciprés* (8), me conmueve y sobresalta; las comisuras caen, otorgándole un rictus de agonía; aseguraría que esta boca es el fiel de la balanza de la poesía. Boca para gritar alucinaciones y revelaciones, boca para la medida quemadora de los poemas verdaderos. Esta boca calló, físicamente, el 10 de enero de 1957, en el Hospital General de Hampstead, de Long Island; pero, lo que enseñó y lo que cantó fue incorporado, definitivamente, al patrimonio supremo de la humanidad. Es pequeña y grande fruta, al mismo instante. Huele a rosa y a niño. Lo que enseñó y lo que cantó nuestra Gabriela Mistral cabe en un grano de maíz y en un ala del cielo. Confesémoslo, de una vez: enseñó y cantó la ventaja feraz de la verdad (9).

NOTAS

(1) "Canto fúnebre a la muerte del Ministro Portales".

(2) *Amad al que trae
boca de canción:
el cantor que es madre
de la Creación,*

("Elogio de la Canción").

Nótese la transposición de género: "el cantor" "es madre".

(3) Luis Oyarzún, "El mundo poético de Gabriela Mistral", prólogo a *Pequeña Antología de Gabriela Mistral*. Talleres de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, agosto de 1950.

(4) Salón de actos de la Federación de Estudiantes de Chile, 30 de mayo de 1951.

(5) Relacionar con la nota número 2. *El espino no es abrazado como un Hermano*:

Le he abrazado como a una hermana.

(6) Escrito el Día de la Liberación de Filipinas.

(7) "Los colaboradores anónimos de Gabriela Mistral", crónica del autor, *Las Últimas Noticias*. Santiago, jueves 29 de noviembre de 1945.

(8) "Nocturno de la Consumación".

(9) Discurso pronunciado en el acto fúnebre —Corona de Amor— con que la ilustre Municipalidad de Antofagasta y el grupo COBRYSAI rindieron homenaje a Gabriela Mistral, el 17 de enero del presente año.

